

Sin ánimo de ofender, debo confesar humildemente que soy catalán. Me nacieron en Barcelona, así, sin comerlo ni beberlo, que le vamos a hacer. Otros han tenido peor suerte y han nacido en Sumatra sin ir más lejos.

Según el “cliché” popular, los catalanes somos un pueblo trabajador y aburrido, pactista e interesado –“la pela es la pela”- y algo de verdad hay en ello, como en todos los tópicos. En general somos pacíficos e incluso tacaños, dicen. Claro que, de vez en cuando, ello no nos impide matar a miles de castellanos a golpes de hoz como en el famoso “Corpus de sangre” de 1640, cuando el impuesto para pagar las tropas del Conde Duque de Olivares provocó la suspensión de la siega y, con ella, la miseria para miles de segadores que se quedaron sin trabajo. Lo de “matar castellanos”, es una forma de hablar, puesto que las tropas de Felipe IV, como todo el mundo sabe, estaban formadas por mercenarios franceses, suizos, italianos, belgas etcétera. Pero servían al gobierno del Rey de Castilla y por lo tanto, para la plebe ignorante, eran simplemente castellanos. También es verdad que quemamos iglesias y conventos en 1835, 1909 y 1936, sin que aquellos hechos nos impidieran venerar a la “Moreneta”, ni que el “Barsa” le ofrezca la copa cuando gana alguna. Han sido, fueron, son, estallidos de violencia popular, hechos aislados que se producen en todas partes de vez en cuando, -desde Numancia y Sagunto hasta el mismísimo dos de Mayo, en Madrid-, excepciones que, en el caso catalán, confirman la regla de un temperamento pacífico y dialogante, más *sanchopancista* que *Quijotesco*.

Ahora, sin embargo, resulta que somos torturadores. Por lo menos esto es lo que nos llaman desde sus pancartas los que nos reciben todos los domingos a la puerta de la plaza de toros Monumental de mi ciudad Barcelona: torturadores, asesinos, sádicos, perversos, violentos, y nos muestran fotos de toros sangrantes,